

Crónica del viaje a la Selva de Irati

Buenos días a todos. Esta es la crónica del viaje que realizamos a la Selva de Irati, en el Pirineo Navarro. En primer lugar me gustaría presentar a los protagonistas. Allí fuimos seis personas. A saber, y por riguroso orden alfabético:

Mati: Para quien no la conozca (cosa muy rara, pues es la mitad de la gente de nuestro club ha entrado a través de ella), es la entusiasta del grupo. Nadie anima mejor, nadie es tan optimista como nuestra querida Mati.

Bea: Es fácil reconocerla. Es una de las machacas del club, y si alguien no identifica su cara, es lógico: En las excursiones va siempre la primera y nadie se la ha visto. Amiga de la infancia de Mati, se la puede considerar el metro sesenta más encantador del club.

Paz: Nuestra más reciente adquisición para el club. Aunque la conocemos poco, pues sólo ha venido a dos excursiones, incluida Irati, promete convertirse en otra machaca, rivalizando con Bea por la cabeza de las excursiones.

Carmen: Enésima amiga de Mati, que nadie salvo nosotros cinco hemos tenido el placer de conocer. Restauradora de profesión y cantante de vocación y espíritu, aún no se puede decir que vaya a formar parte de nuestras vidas, pero se puede aventurar, pues como todos sabemos, quien nos prueba, repite. Apasionada de las montañas del norte, nadie como ella para guiarnos a través de los Picos de Europa o del Camino de Santiago. Esperad a conocerla, os encandilará.

Juan: Mi hermano. A este sí que es imposible no conocerle, pues es más fiable a la hora de apuntarse a las excursiones que los miembros de la Junta. Machaca de escuela, también le encontraréis en la cabeza de la excursión, siempre pidiéndonos y pidiéndose un poco más de esfuerzo para alcanzar lugares más lejanos y más escondidos.

Yered: O sea, yo. Para aquellos que no me conozcan, cuando vengan con nosotros sólo tienen que prestar atención al quejido constante que surge del grupo en cualquiera de nuestras excursiones. Si buscan el foco de esa voz, ese soy yo.

Una vez hechas las presentaciones, vamos a pasar al meollo de la cuestión.

El viaje comenzó como comienzan todos: Madrugones, reniegos, bostezos y encuentros en algún punto indeterminado de nuestra geografía. Más tarde, y una vez en camino, lamentos por lo olvidado atrás (a quien no le haya pasado que tire la primera piedra).

Como decía, el viaje comenzó con relativa puntualidad el sábado por la mañana. Tras un número indeterminado de horas llegamos a Casas de Irati, un pueblo abandonado que nunca mereció tal nombre, a tiempo para comer rodeado de las hayas que a partir de entonces y hasta el final del viaje iban a estar a nuestro alrededor. Tras la comida y resistiéndonos a la siesta, comenzamos a hacer una ruta circular por el valle de uno de los afluentes del Irati, de cuyo nombre, como diría Cervantes, no quiero acordarme. Tras ascender por su lecho y rodear los distintos torrentes que se formaban alcanzamos una presilla que marcaba el punto más lejano buscado, no sin antes haber disfrutado de vistas espectaculares. De vuelta por el otro lado del río, anduvimos por otro sendero que nos llevó a coronar una minicumbre, lo que hizo que nos diese el sol directamente desde nuestra llegada al bosque (hay que decir que disfrutamos de un tiempo soleado todo el puente y que sólo gracias a la ayuda del bosque evitamos acabar como cangrejos). Al caer la tarde llegamos al merendero donde habíamos comido, montamos nuestra tienda junto al lecho del río y tras la cena caímos rendidos, ayudados, eso sí, por ligeras dosis de kalimotxo.

Segundo día: Paseo alrededor de la presa de Irabia. Poca montaña y mucho andar y andar. Un día muy relajado, en general, y salpicado de domingueros. Llegamos hasta la frontera de Francia y nos planteamos el convertirnos en contrabandistas de lo cerca que estaba. Luego nos dimos cuenta de que dentro de la UE no tiene mucho sentido el contrabando y desistimos. Alcanzamos la presa, donde comimos y recibimos una lección magistral de Bea sobre por qué las presas son presas y por qué se desvía primero el río, luego se construye la presa y se devuelve el río a su cauce en lugar de construir una presa y luego desviar el río

(o algo así, que como se ve yo soy de letras y no entendí mucho). Vuelta al hogar, recogida de trastos y paseo en coche hasta un camping, cerca ya de Guipuzcoa, donde nos preparamos para el asalto al día siguiente al Señorío de Bertiz.

Tercer día de la excursión. Nos levantamos con escasa puntualidad (ya no había peligro de “sanción administrativa” por acampar de forma “no regulada”), desayunamos con calma y nos pusimos nuevamente en marcha. Tras unos minutos más en coche, llegamos al Señorío de Bertiz, donde comenzamos la ascensión al monte, que ya sabemos que no cuenta para la Mula de Oro, pero que no por ello resultó menos estimulante: Preciosos paisajes, calma a nuestro alrededor y los once kilómetros más largos jamás sufridos, acompañados cada mil metros aproximadamente por unos mojones que jocosamente nos recordaban que no habíamos llegado todavía. Bosque de hayas centenarias, completamente abrazadas por el musgo, aparte de por nuestras queridas compañeras, que se detenían cada poco para sentirse más cerca del bosque (lo que, dicho sea de paso, yo agradecía con todo mi corazón porque me permitía respirar). En la cima disfrutamos de la belleza de un palacete abandonado (el Señor del Señorío tenía que vivir en algún sitio en su día), además de un precioso mirador desde donde se divisaba gran parte del Pirineo Navarro. Tras comer, regresamos por el mismo camino ya andado. A media tarde llegamos junto a los coches, soportando un calor que no habíamos sentido gracias al refugio que nos proporcionaba el bosque.

Pero eso no iba a desanimarnos, ya que todavía teníamos que ver el nacimiento del río Urederra, a unos cuantos kilómetros de nuestra posición. Más coche, más carretera de montaña, y esta vez una novedad gracias a que yo copilotaba: Nos perdimos. El camino que podríamos haber recorrido en menos de tres horas nos llevó cuatro y pico, por lo que llegamos al punto de inicio del camino hacia el nacimiento cuando ya anochecía. Mal asunto, elegir entre caminar de noche, ir a la mañana siguiente (con el consiguiente atasco en el viaje de vuelta) o volver a casa esa misma noche. Tras una larga conversación con nuestros cafés en la mano nos decidimos por la tercera opción, concluyendo el viaje esa misma noche a las tantas de la mañana.

Por lo tanto, amigos míos, Arista tiene un reto pendiente con el nacimiento del río Urederra (nos gana 1 a 0), así que os invito a todos al próximo viaje al Pirineo Navarro para que nadie pueda decir que Arista deja las cosas a medias. Concluida esta crónica, sin nada más que decir, se despide vuestro humilde servidor,

Yered.

Un saludo a todos, nos vemos en la montaña.